

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

La Madrugá (25 años después)

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

el paseo | narrativa

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

Juan Miguel Vega

La Madruga

(25 años después)

Prólogo de Francisco Robles

el paseo, 2025

© Juan Miguel Vega, 2025
© del prólogo: Francisco Robles, 2006
© de esta edición: EL PASEO EDITORIAL, 2025
www.elpaseoeditorial.com

1.ª edición: marzo de 2025

Diseño y preimpresión: EL PASEO EDITORIAL
Maquetación y cubiertas: Jesús Alés
Corrección: EL PASEO EDITORIAL
Impresión y encuadernación: Gráficas La Paz

I.S.B.N. 978-84-19188-58-8
DEPÓSITO LEGAL: SE-521-2025
CÓDIGO THEMA: FYP; NHT

No se permite la reproducción, almacenamiento o transmisión total o parcial de este libro sin la autorización previa y por escrito del editor. Reservados todos los derechos.

Impreso en España

Contenido

Nota del autor	• 9
Prólogo a la primera edición	• 11
Capítulo 1. Veinticinco años después	• 17
Capítulo 2. Ejercicio de vísperas	• 25
Capítulo 3. Reparto de papeletas	• 57
Capítulo 4. Vía Crucis	• 75
Capítulo 5. Dispensa de ayuno y abstinencia	• 94
Capítulo 6. Solemne quinario	• 129
Capítulo 7. Función principal	• 137
Capítulo 8. Carrera oficial	• 151
Capítulo 9. Estación de penitencia	• 166
Capítulo 10. Kerigma	• 193
Capítulo 11. Tequila sunrise	• 218
Capítulo 12. Kyrie eleison	• 230
APÉNDICE. Los agujeros negros de la Madrugá	• 239
1. Se cumple un lustro de los incidentes del año 2000 sin que se hayan aclarado sus causas	• 239
2. Raras coincidencias, contradicciones y amenazas en torno a unos hechos aún sin aclarar	• 242

3. Presencias desconocidas y misterios pendientes de resolver • 247
4. Razones para un pacto de silencio • 250
5. Los agujeros negros de la Madrugá, 25 años después • 253

EPÍLOGO • 259

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

Nota del autor

El 21 de abril del año 2000, la celebración de la Semana Santa de Sevilla se vio sacudida por un suceso inaudito que solo la fortuna impidió que derivase en una tragedia de dimensiones dramáticas. A las cinco y cuarto de la madrugada del Viernes Santo, cuando seis procesiones en las que participaban miles de penitentes se abigarraban en torno al centro histórico de la ciudad y varios centenares de miles de personas se congregaban para contemplarlas, se produjo un estallido de pánico que se adueñó de la multitud. A la misma hora y en distintos puntos, algunos de ellos con una notable distancia entre sí, un inexplicable terror se desató entre las masas, provocando alocadas estampidas en todas direcciones; las personas se atropellaron unas a otras, y en su desesperada huida del peligro dejaron atrás niños, ancianos, enfermos... Las procesiones quedaron interrumpidas, deshechas. Los mismos penitentes que participaban en ellas fueron también apresados por el mismo pánico. Muchos de ellos abandonaron los cortejos para escapar del peligro que una desconocida amenaza suscitaba. Porque, y esto fue lo más notable del suceso, nadie sabía exactamente de qué huía; nadie sabía a ciencia cierta cuál era la causa que provocaba el tumulto, simplemente intuían que debía de ser algo muy grave. Y si unos corrían, todos los demás también lo hacían dando por hecho que los que veían huir lo hacían de un peligro que también debían evitar ellos, fuera cual fuera, porque ese pánico tenía, necesariamente, que estar provocado por algo terrible. El caos se apoderó del centro de la ciudad durante tres eternos cuartos de hora. Decenas de personas resultaron heridas, algunas presentaron crisis cardíacas, pero afortunada, inexplicable y, diría, milagrosamente, ninguna de ellas

sufrió consecuencias graves. Al cabo de esos cuarenta y cinco dramáticos minutos, la normalidad se restableció como si nada, del mismo modo que antes lo había hecho el pánico.

Las causas que provocaron aquellos incidentes aún siguen siendo un misterio. Hubo una investigación policial que, con el respaldo del fiscal y el juez, concluyó que tan enorme confusión se había gestado por generación espontánea. Sin un motivo claro. La opinión pública, sin embargo, nunca compartió tal conclusión. Entre la población circularon entonces, y aún hoy todavía lo hacen, teorías diversas sobre el posible origen y causas de aquellos sucesos. Ninguna, sin embargo, ha podido ser demostrada hasta ahora. Las autoridades municipales, que en los primeros momentos exigieron con contundencia una aclaración de lo ocurrido, afirmando con rotundidad que hubo una conspiración detrás, dejaron pronto de hacerlo. Ni siquiera el pueblo se mostró muy interesado en averiguar qué los provocó, asumiendo sin rechistar las tesis oficiales, que en realidad nunca aclararon nada. Esta actitud de la ciudadanía de aceptación sumisa de las tesis oficiales sin cuestionarlas, a pesar de las numerosas lagunas que mostraban, representa a su vez un llamativo caso de inconsciencia colectiva. Lejos de demandar el esclarecimiento de los hechos, la población los acabó edulcorando, preservando de ellos un recuerdo casi anecdótico, denominándolos «las carreritas», una expresión nada acorde con la gravedad de unos hechos que pudieron tener consecuencias terribles para Sevilla. El presente relato está inspirado en ellos.

JUAN MIGUEL VEGA
Sevilla, enero de 2025

Prólogo a la primera edición

La novela es el territorio de la libertad. El novelista se convierte así en el demiurgo, en el creador de personajes que salen a la luz tras ser amasados en un barro de palabras. Espacio y tiempo fluyen y se mezclan según el ritmo que les imprime el narrador. Pero nada de esto sería válido, ni tendría razón ni sentido, si no estuviera al otro lado de la página quien le da el ser a la novela: el lector. En el caso que nos ocupa los lectores son especialmente importantes, ya que *La Madrugá* es una obra abierta que nace en esos límites difusos de la realidad que pintaron como nadie los artistas del Barroco. ¿Un relato basado en hechos reales? Sí, claro. ¿O es que la imaginación no es una realidad incrustada en el cerebro del hombre?

Juan Miguel Vega recrea unos hechos concretos que sucedieron durante una madrugada en cierta ciudad que todos conocemos. A partir de ahí empieza su oficio de novelista, su mester de narrador. Toca las teclas de unos personajes que se asoman a la pantalla del ordenador –lo de la pluma es metáfora un punto equívoca y desfasada– como si la pantalla en blanco fuera el escenario del gran teatro urbano en que se desarrolla la trama. *La Madrugá* es una novela profundamente urbana. La ciudad es algo más, muchísimo más que un mero escenario. Podemos decir que esa ciudad que no hace falta ser nombrada ni en el prólogo ni en la novela se erige en la protagonista invisible, en la red que va anudando vidas desperdigadas, tramas verosímiles e inquietantes por eso mismo. *La Madrugá*, como su propio título indica, no es más que un trozo vivo y palpitante de la ciudad, un fragmento de su tiempo sagrado que fue profanado por quienes vieron en esos instantes un punto

flaco y fértil, una ocasión propicia para que la ciudad les regalase lo que sus limitaciones le negaban.

Los que se asomen al laberinto oscuro de *La Madrugá* descubrirán una tela de araña que se va tejiendo a medida que avanza la narración. Vidas cruzadas y paralelas, mentes retorcidas y miradas limpias, personajes que están en el lugar apropiado y en el momento justo. En *La Madrugá* se cuenta lo que pasó y lo que nunca fue, lo que pudo haber sido y lo que nadie explicará jamás por una sencilla razón: los sucesos que se narran iban dirigidos a socavar los poderes que dominan la ciudad... y lo que está más allá de la ciudad; y hasta ahí podíamos llegar.

Por eso hemos comenzado este prólogo afirmando que la novela es el territorio de la libertad, porque el novelista burla los tabúes sociales y políticos, las servidumbres de la verdad en una sociedad anclada en sus propias corrupciones. Juan Miguel Vega ha sido leal a la ciudad que ama desde lo más profundo de su sentido crítico. Y valiente, muy valiente. Hay que tener mucho valor –y creer en ciertos valores– para acometer esta tarea, para destapar el frasco donde no se guardan precisamente las esencias del azahar ni del jazmín, sino la podredumbre de los que solo tienen como objetivo vital el poder con minúscula, que no el Poder al que la ciudad le rinde culto cuando llega, precisamente, el momento que le da título a la novela.

Ese valor es el que lleva a Juan Miguel Vega a poner, negro sobre blanco, las palabras que despojan a la mentira oficial de todos sus ropajes de opereta, de sus oropeles falsos como una versión políticamente correcta de la vida. Una prosa brillante y veloz nos lleva de la mano por los cenáculos, por las trastiendas, por las alcantarillas, por los pasajes que comunican los sótanos de la ciudad. El humor se destila en gotas que pesan y que cortan como un cuchillo afilado por la ironía. Se adivina un escepticismo que no suena a hueco. Y el costumbrismo se eleva sobre la autocomplacencia para dejarse ver lo justo y lo necesario.

Cuando empiecen a leer *La Madrugá* solo deben cumplir un precepto. No lo hagan con prisa. Dejen el reloj a un lado y sumérjanse en la trepidante narración. Verán cómo es imposible

despegarse del imán que nos atrae como una piedra mágica. Esto no deben ponerlo en el haber de los sucesos más o menos reales que se recrean en el libro, sino en el novelista que ha sido capaz de atraernos con una estructura tan sencilla como poco simple, tan eficaz que nos deja con ganas de seguir leyendo. Algo, por cierto, que también ocurre cuando contemplamos, en la fiesta que sirve de escenario a *La Madrugá*, esas imágenes que luego buscan el refugio de la memoria.

FRANCISCO ROBLES
(Escrito en los alrededores de la Ciudad cuando
el mes de enero de 2006 daba paso a eso
que por estos lares llamamos las vísperas.)

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

Una forma de lo real es lo imaginario.

JOSÉ ORTEGA Y GASSET

Mientras haya un misterio para el hombre, habrá poesía.

GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER

Y el que lo vio da testimonio, y su testimonio es verdadero.

JUAN I9,35

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

Capítulo 1.

Veinticinco años después

UNA TARDE CUALQUIERA; MEDIADO EL INVIERNO DE 2025

Todo cuanto sucede tiene una causa que lo origina; incluso aquello a lo que no se puede atribuir ninguna. Hasta eso que, aparentemente, sucede porque sí. El universo mismo surgió de alguna parte, provocado por algo o alguien, y lo hizo por alguna razón que el hombre no ha conseguido todavía averiguar; y aunque lo lleva intentando desde que adquirió conciencia de su propia existencia, no ha sido capaz de sobrepasar en ese empeño el límite de la conjetura, que es quizás su propio límite, nuestro propio límite. Qué somos, de dónde venimos o a dónde vamos son enigmas sobre los que solo cabe conjeturar. Nadie tiene las respuestas a esas preguntas, aunque todos sabemos que necesariamente han de existir. La generación espontánea, ciertamente, puede ser también una posibilidad. Nada que ignoremos debe descartarse. Pero cabe argüir que la generación espontánea seguramente requiere de la existencia previa de determinadas condiciones que la hagan posible, es decir, de un contexto favorable sin el cual no se daría. Ese contexto, pues, sería su origen. La duda es cómo surge ese contexto. ¿Obra acaso de la casualidad? El azar mismo, desde luego, puede ser también la causa de muchas cosas, pero el azar sin duda tiene unas reglas y mecanismos que tampoco el ser humano ha logrado descifrar todavía. ¿Por qué sale cara y no cruz? Todo ocurre, todo existe por alguna razón. Todo pasa porque algo lo provoca. Si nada lo provoca, no pasa.

Hacía muchos años que los dos viejos amigos no se habían vuelto a ver, pero las desconocidas reglas que rigen las casualidades hicieron que aquella noche de vísperas de la Navidad coincidieran en medio de una calle entre el fárrago de gente que iba y venía; unos, buscando qué comprar; otros, buscándose la vida y los más, simplemente, viendo la vida pasar.

Descubrieron al encontrarse la amarga evidencia del largo tiempo discurrido. También había pasado por encima de ellos. Donde hubo algo parecido a una melena, ahora había pelo ralo y cano; donde hubo rizos, había alopecia; la grasa también se acumuló, con dispar generosidad, alrededor de sus abdómenes, y sobre ambas narices descansaban las monturas de sendas gafas para contrapesar los estragos de las dioptrías obradas por casi una decena de trienios. Se habían hecho mayores los joíos. Hasta se parecieron algo más bajitos que la última vez que se vieron. Uno iba acompañado de una mujer, con aspecto de señora ya mayor, a quien presentó como su esposa. También lo acompañaban dos chavales que sobrepasaban su estatura y guardaban gran parecido con el tipo que él fue una vez, antes de convertirse en el señor mayor que era ahora. El otro iba solo y no tenía en ninguna parte nadie a quien presentar. Seguía soltero y, a estas alturas, parecía que ya definitivamente, sin compromiso.

Se alegraron de verse, se abrazaron palmeándose sus respectivas espaldas como demostración de afecto, intercambiaron teléfonos y quedaron en verse cuanto antes. En la ciudad, estos compromisos, que generalmente se expresan con la frase «tenemos que vernos», suelen quedarse habitualmente en nada. Se dice siempre, pero no se hace casi nunca. La gente expresa esa intención usando la frase recurrente—«tenemos que vernos»—. Y lo hace de forma sincera, con verdaderas ganas en ese preciso instante de tener pronto ese nuevo encuentro; y que sea lo antes posible; «la semana que viene sin falta», pero luego lo normal es que resulte imposible encontrar la ocasión o el momento para propiciarlo y formalizar la cita, que queda así postergada *sine die*. Y tampoco resulta extraño que ni siquiera la casualidad sea capaz alguna vez de propiciarla. La ciudad no es demasiado grande, pero sí lo

suficiente como para que dos personas que se conocieron una vez, y hasta tuvieron un trato frecuente, no vuelvan a verse nunca. Nunca jamás en la vida.

«Tenemos que vernos», sí, tenemos que vernos, pero al final, los días pasan y nadie se acuerda. Y cuanto más tiempo pasa, mayor se hace el olvido, provocando que finalmente ninguno recuerde el compromiso adquirido. El olvido es el destino inevitable de la mayor parte de las cosas que pasan en la vida de todas las personas. En realidad, de todo lo que pasa, en la vida de cada uno y en la de la humanidad toda. La historia que se estudia y se cuenta apenas es un resumen esquemático de lo que hicieron quienes en cada momento ejercieron el poder. Y no siempre se cuenta todo, porque hay cosas que, por lo que sea, conviene no contar o no contar bien. En cuanto a lo que hizo el resto, ese pueblo llano que protagoniza la denominada «vida cotidiana», salvo puntuales excepciones, solo se acuerda el olvido. Por eso los compromisos de volver a verse pronto y con más tiempo que tan a menudo establecen dos personas que casualmente se reencuentran suelen tardar poco en olvidarse. Hay quienes, por estas cosas y otras parecidas, atribuyen a los habitantes de la ciudad una condición hipócrita, acusándolos de ser gente falsa y poco amigable; un reproche acaso injusto y exagerado. Son complejos, personas difíciles, es cierto, pero no tan esquinados como algunos malvados y prejuiciosos creadores de estigmas los describen. Sucede también que los habitantes de todas las ciudades –en especial los que menos salen de ellas– acostumbran a creer que sus costumbres y pautas de vida son exclusivas. Y entre los que menos salen están precisamente los creadores de estigmas y tópicos. En realidad, la ciudad en nada de eso resultaba singularmente distinta a las demás.

En realidad, todo en la vida acostumbra a ser bastante más simple. Se trata de que no siempre se encuentra tiempo para hacer lo que uno quisiera y menos aún para lo que no apetece demasiado. Y ver a un viejo amigo al que hace mucho tiempo que no se ve y con el que no está nada claro que se tenga ya mucho de qué hablar, salvo de viejos recuerdos que tal vez a ninguno interese demasiado recordar, no es algo que resulte lo suficientemente urgente

como para aplazar ninguna de las obligaciones que nos impone la odiosa rutina cotidiana; odiosa, sí, pero a la que nos sometemos con disciplinado rigor, quizás porque en esa rutina hallemos seguridad y cobijo, esa cosa que ahora llaman los *snoobs* de medio pelo «zona de confort». Y esto pasa en la ciudad y en todas las demás ciudades.

Miguel y Alejo, sin embargo, no sucumbieron a ese hábito tan usual y, sí, se acabaron llamando para concertar la cita. Porque, al contrario de lo que sucede a la mayoría de los viejos amigos que coinciden en circunstancias similares, ellos sí tenían muchas cosas de que hablar. Cosas que en su momento fueron importantes y, tantos años después, en cierto modo todavía seguían siéndolo. Sí, es cierto, casi todo se olvida, pero hay cosas que no se puede. Ni se debe.

–Cuando me diste tu nuevo número de teléfono, entendí por qué no habías respondido a las felicitaciones que te estuve enviando por Navidad hasta hará unos diez años, cuando renuncié definitivamente a seguir haciéndolo. Pensé que te habías vuelto un vaina con eso de que te hubieran nombrado director regional de tu cadena.

–Pensaste mal. El teléfono que tenía se me cayó a la taza del váter y se estropeó sin posibilidad de arreglo. *Caput* total. No veas el estropicio. Perdí toda la agenda; todavía no controlaba lo de sincronizarla con los contactos del correo electrónico que evita ese riesgo. Fue un desastre. Ya sabes lo importante que es la agenda para un periodista.

–Afortunadamente, hace tiempo que lo olvidé.

Miguel y Alejo no condenaron al olvido el compromiso adquirido durante aquel encuentro que la casualidad propició porque, al contrario que tantos otros viejos amigos que solo pueden hablar de recuerdos que a ninguno de los dos ya interesan, ellos sí compartían unos cuantos –uno en especial– de los que les merecía la pena hablar. El recuerdo de algo que marcó sus vidas. Era preciso pues que emprendieran ese viaje en el tiempo y regresaran unas décadas atrás para revisar la memoria de unos hechos que, tantos años después, seguían latiendo dentro de ellos como una

herida abierta. Unos hechos que, todavía al cabo de todo el mucho tiempo que había pasado, era preciso aclarar. Una casualidad, una puñetera casualidad, quién sabe por qué designio causada, les había brindado la ocasión de hacerlo y ninguno de los dos quiso desaprovecharla.

La cita era a media tarde en la azotea de un hotel. En los últimos años, se había puesto de moda entre los hoteleros de la ciudad habilitar las azoteas de sus edificios como miradores para inquilinos y visitantes, instalando en ellas espacios donde poder tomar algo mientras se contemplaba el panorama. El resultado, aparte de amable, creaba en la mente la sugestión de que el diablo cojuelo de Vélez de Guevara, como tanta otra gente en esos años, hubiera tenido que recurrir a la principal industria de la zona –el turismo– para ganarse la vida y meterse a guía turístico. Sí, seguiría dedicándose a pasear a la gente por los tejados de la ciudad, pero ahora no lo haría para mostrar los pecados secretos de quienes la habitan, sino la belleza de los rincones donde esos pecados se cometen, tan evidente en los de la ciudad, que a quien los contempla les hace comprenderlos, y hasta incluso perdonarlos, pues tanta es la abundancia en ellos de tentaciones capaces de doblegar la moral más recta. Quienes dicen conocerla, aseguran que la ciudad bascula entre lo apolíneo y lo dionisiaco, aunque ambas no serían más que dos formas de manifestarse el mismo hedonismo que caracteriza su particular estilo de vida, necesariamente epicúreo, tanta es la sensualidad que su vegetación, sus edificios, sus cielos y gente destilan; ya dijo Teresa de Jesús que en ella habita el Diablo hasta en los pucheros. La santa de Ávila, que no se refería precisamente al cojuelo que ahora ejercía de guía turístico, tenía ciertamente razón.

Era una tarde plácida de febrero, ya se había instalado con plenitud en la ciudad esa primavera anticipada que en ella se convierte buena parte del invierno. La arboleda aún no había reverdecido, pero en los naranjos asomaban ya los primeros copos blancos del azahar y en casi todo se apreciaba el apacible encanto que en sus primeras semanas muestra la estación del renacer, ofreciendo, tal vez, el mejor momento para disfrutar unas horas al aire libre.